

BIENVENIDA A ALEJANDRO ROSSI

RAMÓN XIRAU



En muy primer lugar quiero agradecerle a Alejandro Rossi que me haya elegido para contestarle en este acto solemne de su ingreso al Colegio Nacional. Se trata de un buen amigo. Se trata también, lo habrán notado al oírlo, de un magnífico escritor que es a la vez un pensador. Bienvenido, Alejandro.

Supe de Alejandro Rossi muy a principios de los años 50. Y si digo que de él tuve noticia es porque no lo conocí de verdad sino en la segunda parte de esa misma década. ¿Qué supe de él antes de haberlo conocido? Rossi, florentino de nacimiento, venía precedido de una terrible fama, de inteligencia y capacidad analítica, de fuerte carácter, de talento filosófico. Pertenecía Rossi a la generación que, en la Facultad de Filosofía y Letras, se llamó la de los "hegelianos", última que tuvo por maestro en la UNAM a José Gaos. ¿Por qué llamarlos "hegelianos"? La cosa es sencilla. Estudiaban a Hegel, sobre quien Alejandro escribió su tesis de maestría, hasta ahora inédita: *La razón y lo irracional en la "Ciencia de la lógica" de Hegel* (1955). Seguramente habría que publicar esta tesis, por más que haya cambiado el pensamiento del autor. Me consta que José Gaos —me lo dijo en El Colegio de México— quería que esta tesis se publicara.

Estudios secundarios en Buenos Aires, universitarios en México y en Friburgo de Brisgovia, donde estuvo más de un año en el Seminario de Martin Heidegger, cosa poco frecuente. Años más tarde, a partir de 1960, estudió Rossi con Gilbert Ryle en el Magdalen College de Oxford —Ryle, el que decía que el pensamiento de Descartes era el "del fantasma en la máquina". La estancia en Oxford fue decisiva para él y para la filosofía en México, y aun en los países de habla castellana, como claramente lo ha observado Octavio Paz. Rossi aprendió todo un nuevo método filosófico, el de la "filosofía analítica", así llamada no sin cierta vaguedad. De regreso a México, Rossi introduce en nuestra Universidad Nacional Autónoma la nueva filosofía o, mejor, los nuevos modos de hacer filosofía. También a Rossi se debe la fundación de la revista *Crítica*, que el Instituto de Investigaciones Filosóficas sigue publicando. No olvido que fue uno de los fundadores de *Vuelta*,

a la que en alguna ocasión, ausente Octavio Paz, dirigió y a cuyo consejo sigue perteneciendo.

Rossi ha tenido una amplia actividad en la UNAM: maestro, secretario del citado Instituto (1966-1971), coordinador de la colección "Nuestros clásicos" (1970), director y fundador de la Dirección general del personal académico (1976), director general de publicaciones, donde ejerció una espléndida labor (1983). Su obra filosófica consta de *Lenguaje y significado* (primera edición, 1969), libro que reseñé con cierta amplitud. En el prólogo al libro, escribe Alejandro que en él se trata de "un tipo de filosofía abierta que aspira, cuando menos, a establecer un juego conceptual claro". Y así es. También es así —y ahora se trata no sólo de conceptos sino también de imágenes, metáforas— en su obra literaria, exacta, clara, aun en lo más enigmático.

¿Tierras separadas entre sí, las de la filosofía y las de las letras? Evidentemente no es lo mismo un tratado de filosofía que un cuento, un relato, una novela. Pero lo que es indudable es que en las narraciones de Rossi hay también filosofía, hay también pensamiento.

Estaba en lo cierto Victoria Camps cuando escribía —en *Aproximaciones a Alejandro Rossi*— que lo que Rossi hace "no es filosofía ni novela ni puro ensayo ni poesía. Es una escritura que participa de todos los géneros, pero de un modo único. Los cuentos parecen ensayos, los ensayos parecen cuentos". Y añadía: "A pesar de haber olvidado a Berkeley, a Leibniz o a Strawson, una cierta manía analítica, un amor por la precisión y el detalle siguen estando ahí, en la obsesión por dar sentido a lo que pasa por insignificante". También tenía razón Juan Nuño, el recientemente fallecido amigo de Alejandro, cuando en el mismo libro escribía: "Literatura construida a cada instante al borde del precipicio, en el filo de la navaja, oscilando entre la gravedad especulativa y la riqueza vivencial de lo imaginado".

Rossi es un conversador nato, tanto en la palabra hablada como en la escrita. Leerlo, oírlo como lo acabamos de oír, es ir de sorpresa en sorpresa, de asombro en asombro, siempre con el alma en un hilo, hasta que sus textos se anudan, se resuelven en algo que aclara sin dejar de sorprender. Todo con humor, con una iro-

nía que a veces es forma del análisis y a veces modo y manera de correr la realidad. De un detalle a otro, los actos, gestos, escorzos, movimientos, son tan minuciosamente reales que se antojan fantásticos.

Tres textos me llevan a tres breves observaciones: "Narración", del libro *Manual del distraído*, "Sueños de Occam" y "En plena fuga", ambos del libro *Sueños de Occam*. Advierto que podrían hacerse observaciones semejantes de algunos textos más recientes; los de *La fábula de las regiones* y, en especial, el cuento titulado "El cielo de Sotero".

Rossi se mueve frecuentemente en actos, pensamientos de lo que William James llamó "conciencia marginal", que en Rossi se vuelven sustanciales.

Sea un procedimiento, si es que hay procedimientos en literatura. Repetidamente Rossi emplea adverbios de duda: "tal vez", "quizá". El mundo de lo posible se hace mundo real, el mundo de la duda, la oscilación se vuelve precisión de lo indeciso, actualidad de lo solamente potencial. Sí, precisión de lo impreciso.

A varios de nosotros, más o menos fragmentariamente, Rossi ha contado —otra vez el conversador— el viaje desde su Florencia natal a América, a Venezuela, en 1942, tiempos de guerra. Esta narración aparece completa en el cuento justamente llamado "Narraciones". En buena medida se trata de la aventura de un muchacho con su hermano, en la edad en que todo es aventura. El relato hablado se convierte ahora en relato hablado—escrito. Escribe Rossi: "el relato es respetuoso sólo para reforzar la truculencia final. Su torpeza lo delata. Es a la vez ingenuo y maligno". Y concluye no sin ironía y aun cierta ferocidad: "Ha llegado el momento de mandarlo al diablo".

Paso a las dos narraciones mencionadas, las de *Sueños de Occam*. En el cuento de este título el protagonista despierta y se viste. La descripción lo es, en todo detalle, de lo aparentemente menor. Se inicia el cuento con un tono que es jocoso y es también de congoja. Leemos: "No creo mucho en las horas matutinas y me espanta el amanecer, no entiendo bien esa escenografía teológica, esa tremenda carga de luz que borra la modestia de la noche. Nunca se sabe si debo caer de rodillas o asociarme a un coro victorioso." El protagonista tiene que fijar poco a poco un mundo real, silbando "melodías insignificantes". Asistimos a las minucias de la ceremonia del vestir. Escribe Rossi: "estoy vestido, es cierto, ¡pero cuántos movimientos inútiles! ¡No sería mejor, me pregunto, quedarme desnudo! La solución es, ya lo dije, completar los movimientos indispensables". Termina el cuento: "¿No es una gloria completar un movimiento? ¿No es una gloria volver al centro del cuarto sabiendo que es imposible hacer más? ¿No es una gloria prepararse sin

angustias a rendir cuentas?" Comicidad, sin duda, pero también, hay que repetirlo, angustia.

Alguien, distinto de Rossi, escribió alrededor de su autorretrato: *Et quid amabo nisi aenigma est?* "¿Y qué amaré sino lo que es enigma?". La frase es de Chirico, del primer Chirico, el pintor de los enigmas, del enigma de la hora en punto. Con Rossi estamos también en el mundo de los enigmas.

Espléndido y terrible, "En plena fuga", el primer cuento del libro *Sueños de Occam*. El tema es el de la fugacidad, lo efímero, lo velozmente pasajero. Escribe Rossi: "Yo pienso, con angustia y banalidad, que la vida se escapa por rendijas que no son ni el tiempo ni la escandalosa muerte. Tiempo y muerte huelen a sacristía, a metafísica oscura y campanuda. Me interesan más las figuras insidiosas de la vida cotidiana, obra de roedores, no de demiurgos".

El protagonista, sentado en un sillón, es el "monarca", justamente, de un mundo en plena huida. Aquí el gran enigma, en el gusto por lo verde, los calcetines verdes, la incomprensible decisión de decidir. Al final del relato dice el personaje: "¿Dónde estoy yo? Sentado en un sillón rodeado de oscuridad, monarca de un mundo en plena fuga". No hay decisiones, hay hechos. Está el hecho, nada metafísico, del paso por la vida. La vida cotidiana que parece ser la de los "desahogos circunstanciales de mi inexplicable deseo de decirles los resultados —caseros, lo admito— de un impulso que no entiendo".

Alejandro: Tal vez está en lo cierto José Balza cuando escribe que en tu obra "el pensamiento pasa a ser imagen". Habría que añadir que en la imagen persiste el pensamiento y que en pensamiento e imagen persisten los misterios. ¿Tiene algún sentido para ti la palabra misterio? Dejémoslo en enigma.

Estoy por terminar, no sin antes hacer dos breves comentarios. ¿Entre los alumnos sugeridos en tu "trabajo" no ronda el personaje de Joyce, el del artista adolescente? Es posible. Por otra parte dices, con razón, que la literatura, "conversación de todos" es "el gran lenguaje subterráneo de la humanidad". Los músicos han hablado de un "universo sonoro" —músicos y matemáticos acaso desde Pitágoras. Lo que escribimos, sabiéndolo o no, bien podría desgajarse de este universo.

Termino sin concluir. Hay que hacer caso a tu Wittgenstein cuando dice, principio y fin del *Tractatus*, "lo que puede decirse puede decirse claramente". Y añade: "donde no se puede hablar, hay que callarse". Me callo. Solamente dos palabras más: todos te decimos que no eres "un espejismo de nuestra voluntad". Nos honramos todos al recibirte en esta casa, esta tu casa.

¿Qué más? Un fuerte abrazo, Alejandro, un fuerte abrazo de amigo. 